

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS

Ruiz, 8, 1.º izquierda.

MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II

24 de Agosto de 1889.

NÚMERO 47.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

LUIS JIMÉNEZ ARANDA

Consecuentes con el propósito de buscar una oportunidad para hacer que desfilen por esta sección todas las notabilidades que en la ciencia, el arte, la literatura y la política son honra y orgullo de la patria, tócale hoy el turno al laureado pintor *Jiménez Aranda*, que en el gran certamen de París acaba de conquistar la *medalla de honor* por su último y célebre cuadro.

Los MADRILES felicita cordialmente al eximio artista por su merecido triunfo.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO



¡Loado sea Dios! ¡Madrid se divierte! La *racha* de las verbenas continúa; la moda de los farolillos de papel y los santos rellenos está en mayor auge cada día, y el buen pueblo se solaza paseando su miseria por debajo de los arcos de verdura, y olvida lo frugal de la cena—si es que ha cenado,—bailando el *schottis* de la *Gran Vía* al compás de la música del Hospicio, que es para él una especie de música del porvenir. Como que, siguiendo así, pronto la oirá tocar dentro de casa.

Continuando el furor verbenero, la Villa y Corte verá en esto de las verbenas cosas muy divertidas y originales. A las verbenas de los barrios sucederán las de los Gremios. Los zapateros verbenearán a San Crispín, los carpinteros al Santo Patriarca, y los carboneros a San Benito de Palermo (el único Santo Negro que hay en el Santoral).

Tendremos también las verbenas de clase, y podrán resultar muy animadas la de los sablistas, la de las viudas, la de los mozos de cuerda, la del clero castrense, y la de sordomudos.

A las verbenas de los Gremios seguirán las de las Corporaciones, y asistiremos a las del Ateneo, del Fomento de las Artes, del Círculo Artístico Literario, la Academia de Medicina, del Veloz Club, de la Venerable Orden Tercera, de La Peña y de la Academia de Jurisprudencia.

Y así, en progresión creciente, podrán celebrar también su verbenita todas las oficinas y dependencias del Estado. ¿Con qué pretexto? ¡Nunca falta un pretexto plausible para divertirse! En un Ministerio, pongo por caso, ¿qué día más adecuado para celebrarla que el del santo patronímico del Jefe de la casa? Supongamos que éste sea el del ministro de Ultramar, el de la Gobernación, el de Fomento, cualquiera (para esto de *verbenear* todos son iguales): pues la cosa puede ser agradable, vistosa, y sobre todo tan fácil como patriótica.

¡Y cómo se presta el local de un Ministerio para el decorado y ornamentación de una de estas fiestas populares!

¿Que no?...

¡Poquito adornados resultarían los despachos y pasillos con cadenetas de papel apolillado, *precedente* de expedientes arrinconados; farolillos fabricados con minutas y reales decretos que no se han cumplimentado jamás; el retrato del jefe, en un transparente elegante y mal pintado, arcos de ramaje en todas las puertas—el *verde* es de ritual en estas solemnidades;—un jefe del personal hecho de obleas, y por todas partes bustos artísticos, adornando direcciones y negociados; sobre un pedestal, la Prensa, en una columnita la Ignorancia, más allá el Favor, aquí la Rectitud, en un rincón la Grocería, y dominando todo

esto, un magnífico grupo simbólico, representando el Trabajo y la Moralidad! En los patios, orquestas de bandurrias y guitarras podrían amenizar el acto, y los funcionarios discurrirían por la casa en traje de rigurosa etiqueta, rizados y perfumados, sin guantes, y con las manos sucias a puro repartir apretones a diestro y siniestro, entre amigos, conocidos y compadres.

Buñuelos, como es natural, no habían de faltar, y por aristocratizar un poco la fiesta, podrían las rosquillas de la tía Javiera ser reemplazadas por succulentos emparedados y magníficos pasteles.

¡Pasteles sobre todo!

No desesperemos de asistir en breve plazo a una de estas fiestas administrativas.

Déense ustedes por invitados.

Y basta de verbenas, y seamos ca-



ritativos, y no comentemos el sabroso remitido del capellán de la ermita de la Paloma.

Sí, señor, no cabe duda; guapa ella, y joven, y rica: ítem más, perteneciente a una de las familias más aristocráticas de la antigua nobleza de Francia, y enamorada como una loca de un... *burrero*.

Todos ustedes lo habrán leído como yo, y habrán comprendido conmigo que la cosa no tiene nada de particular.

El amor no reconoce clases ni jerarquías.

El siervo del virrey de Egipto ha hecho su fortuna.

La dama en cuestión dió media docena de paseos en burro, miró, sonrió, se insinuó, y el *bárbaro* del conductor sin caer en la cuenta de lo que la enamorada amazona solicitaba.

Es decir, el burrero no caía de su burro.

Afortunadamente hay intérpretes, y uno de éstos tradujo las amorosas impresiones de la joven al ignorante indígena.

Éste que, según afirman, es muy guapo (no podía ser de otra



manera), se sonrió con aire incrédulo, enseñando la dentadura más blanca y perfecta que poseyó jamás árabe conductor de burros, y esto acabó de trastornar a la muchacha, y quiso llevarse y agregarlo a su servicio.

Las órdenes del Jedive se oponían a los deseos de la dama.

Aquellos fieles servidores, terminada su misión de pasear en asno a las niñas francesas por el Campo de Marte, han de regresar todos al Egipto con los cuartos y los burros.

Pero ¿qué no consigue una mujer enamorada, sobre todo si es rica, guapa, joven y de buena familia?

El joven árabe ha entrado a formar parte de la servidumbre de la caprichosa aristócrata.

Lo que no ha podido llevar consigo ha sido el burro.

No pudiéndola acompañar en sus paseos asnales, que es sin duda para lo que la señora quería al árabe, ¿a qué servicio destinará ahora al pobre muchacho? ¡Vaya usted a averiguar!

Sin embargo, creemos que no le faltará trabajo.

En esas grandes casas, aunque la servidumbre sea muy numerosa, suele haber ocupación para todos los criados.

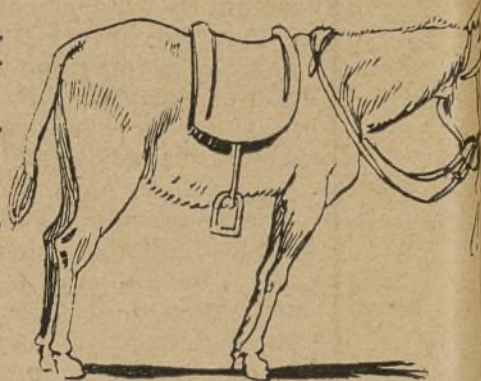
Sobre todo cuando se tropieza con señoras exigentes.

Y ésta debe serlo. ¡Pobre muchacho!

Tan joven, y consagrado ya a la penosa obligación de servir a una señorita caprichosa y casquivana.

¡Cuidado si tendrá que perfilarse para cuidarla!

E. NAVARRO GONZALVO.



MADRID EN EL POLO

Varios vecinos de esta villa y corte han tenido—entre todos—una idea excelente.

Es decir, que á todos se les ha ocurrido lo mismo.

Como sucede en las zarzuelas.

Que los señores y señoras del coro cantan como *coincidentes*. A todos se les ocurre cantar lo mismo.

Los vecinos en cuestión han acordado, en principio, celebrar una *verbena universal*, en competencia con la Exposición de París.

Tal incremento va tomando esta diversión nocturna, que sólo así puede competir dignamente el barrio á que dichos vecinos pertenecen—y que consideraciones fáciles de comprender nos impiden nombrar—con los que ya han cometido ó están en vías de cometer su correspondiente verbena.

El proyecto es magnífico. La verbena se celebrará en el Polo. Allí que duran seis meses las noches, hay tela cortada.

Medio año de juerga nocturna. ¡Vaya un golpe! La fiesta se hará en honor de las Once Mil Vírgenes. Y véase la muestra.

Todas ellas serán representadas en efigies comibles y bebibles.

Unas jamonas, ó de jamón; otras de pan para gazpacho; otras de confitería, éstas de guirlache, aquéllas rellenas, las de más allá sudando tinto, etc., etc.

No se admitirán más que productos naturales del barrio.

Buñuelos y aguardiente, y Valdepeñas hechos en casa.

Los bebestibles le serán servidos, al que lo desee, con hielo indígena.

Todos los arcos de follaje que suministrará el Ayuntamiento para el «efecto», llevarán carteles con inscripciones alusivas.

Entre otras, están ya aceptadas las siguientes, originales de algunos vecinos que se han arrancado por verso libre.

Esta verbena, señores,
no tiene comparación,
y este barrio ha puesto el mingo;
diga usted que sí, que lo digo yo.

Otra:

Para verbenas, Madrid;
pero en el Polo
este barrio sólo.

Otra:

Aquí mi barrio está.
¡Olé ya!

Pero lo que va á ser el acabóse, si se realiza, para lo cual no falta más que el competente permiso, es el traslado de la torre de los Lujanes «al lugar de los acontecimientos.»

La torre de los Lujanes hará en el Polo *pendant* á la torre Eiffel de París.

Algunos vecinos no estaban por la torre.

Querían que se llevase la «Cuba de los Dos Francos».

Pero por fin triunfaron los partidarios de la primera, en atención á que la cuba es más bien un *monumento vinícola* que pudiera hacer peligrosa la concurrencia á los industriales de la Comisión que se va á establecer allá durante la verbena.

Habrás ascensiones á la torre.

Y se colocará un álbum, como en la de Eiffel, para que los visitantes depongan cuanto se les ocurra.

Sabemos por algunos de la Comisión que hay ya numerosos sujetos que piensan visitarla y tienen escritos los pensamientos que han de improvisar en el álbum.

Gracias á la amabilidad del secretario organizador, puedo dar copia de algunos muy interesantes.

Helos aquí:

«Esta torre tuvo por prisionero al rey Francisco I: ¿cuándo podrá decir lo mismo la torre Eiffel?»—H. BICOME, *académico correspondiente de la Historia*.

«Parece mentira que el pobre actor Luján muriese sin recursos, perteneciendo este *menumento* á su familia.—*Ubiame*.»

«Esta misma torre, en Portugal, sería más alta.—*Brandeira Ferreiro de Couto Phalha de Silva*, etc., etc.»

«Desde lo alto de esta torre envío un cariñoso abrazo á mis padres y un saludo á mis queridos amigos de la calle de la Comadre, y besitos al perro.—*Viuda de Ubite*. San Opropio, 70, corsetería. Telefono 6.200 bis.»

«Las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron.
Pero ésta no se rinde mayormente,
y el que dijere lo contrario, miente.»

Un vecino.

Escrito lo anterior, me dicen que los del barrio próximo, picados, van á celebrar otra verbena en *el otro Polo*, y en honor de los innumerables mártires de Zaragoza.

¡Atíza!

JOSÉ DE LA SRENA

MI PRESENTACION

ESTANDO de catedrático en el Instituto de Hornazo recibí la visita de una familia de Madrid que me venía recomendada por mi antiguo profesor D. Emeterio Ocariz. Ignoro si deseaban tomar las aguas de Hornazo, ó los aires, ó ambas cosas á la vez; el caso es que se detuvieron pocos días y que les acompañé á todas partes, dignas de visitarse. Componían esta distinguida familia la mamá, la abuela, una señora mayor muy espetada y llena de rarezas, la nieta que nos pareció muy guapa, y dos chiquitines, bastante mal educados por cierto. Sin duda por picar alto y llamar la atención se habían traído una variedad asombrosa de trajes y hasta sombrillas de bastón para andar por el campo, lo que yo tuve por una tontería mayúscula, porque Hornazo es una población de las más morigeradas, compuesta en su mayoría de labradores ricos y adonde llegan tarde todas estas pulideces y refinamientos de la moda. Pues bien: aun con sus afectaciones de gente fina y sus continuos reparos y aburrimientos, la familia de Gómez Pino me fué simpática, y, sobre todo, la señorita Consuelo, que era una trigueña lindísima, de las que *dan el opio*, como dice nuestro diputado.

Para que se forme idea de la impresión que ella me produjo, hay que advertir que yo, Manuel Pedrezuelo, como hijo de viuda pobre, y mayor de los hermanos, he trabajado como un bárbaro, he sido solo para sacarme las castañas del fuego, y á fuerza de quemarme las cejas he conseguido ingresar en el Profesorado á los veintiséis años. Por supuesto, que esto del ingreso fué un milagro patente por el estilo del de la burra de Balaan... Otro día les hablaré á ustedes de este milagro. Lo cierto es que desde los once años yo he dado lecciones de gramática, de latín, de aritmética, de lectura y escritura, de doctrina cristiana, de todo. Menos á hacer media y bollos de Santa Clara, yo he enseñado á los chicos todo lo que hay que enseñar.

Así es que al primer concurso que hubo en Madrid, yo acudí más listo que un rayo con la idea de mejorar de cátedra y la intención de visitar á la familia de Gómez Pino; miento, porque la verdadera intención no era otra que la de ver á la señorita Consuelo. Naturalmente, aquello se me representaba como la visita del oso á la colmena: no estaba la miel para... mi boca. Busqué, pues, á mi caro maestro, D. Emeterio Ocariz, y le rogué que me acompañara á casa de los de Gómez. Sin ningún inconveniente, por su parte, nos presentamos una tarde, después de almorzar juntos, y fuimos muy bien recibidos por la señorita, mamá y papá. Nos invitaron á asistir por la noche á la reunión que solían tener los jueves, porque probablemente pasaría el rato más distraído que en las veladas de Hornazo. Y, en efecto, conviniendo en ello, me vestí de rigurosa etiqueta, traje que daba mucho viso á mi personilla, y me dejé caer en la citada casa á las nueve y media.

Aún había poca gente. Después de las diez es cuando acabaron de entrar los abonados. Comenzado el festín, se me acercó una de las señoritas más simpáticas, y me preguntó:

—¿No toca usted alguna cosa, Sr. Pedrezuelo?...

Al oír tal pregunta y luego mi apellido, me quedé... un poco turulado, debo confesarlo. ¿Y no canta usted tampoco? añadió á seguida, conociendo en mí asombrado rostro la ignorancia del divino arte.

—Dispénsame usted, señorita; es tal mi inutilidad, que ni canto, ni toco el piano, ni... iba á añadir «ni bailo,» pues siempre que he asistido á los bailes en mi país, ha sido para tocar la guitarra ó las castañuelas, porque mi madre, por aquel entonces, tenía gran empeño en que yo fuese cura. Por lo cual, en cuanto se marchó de mi lado la amable señorita, me quedé pensando que si en vez de piano estuviese allí de moda el tocar la guitarra ó las castañuelas, creo que hubiera podido lucirme.

AL MENUDEO



—Todavía, todavía se pirran por este cuerpecito, que fué la pesadilla de la corte de Carlos IV.

—También en eso estamos conformes, por lo que resulta que en todo nos parecemos. Sólo nos diferenciamos en una cosa. ¿A que no sabe usted en cuál?

—Sí lo sé; pero no está bien que lo diga una joven...



—Para mantener á mi hija, ¿con qué cuenta usted?
—Pues yo generalmente cuento con los dedos. Es la mejor manera de no equivocarse.



—Un consonante á Constante... Constante...
¡Ah, ya, Constumbrel



—Los fondos de la cofradía que se han de invertir en misas podía yo gastármelos en una buena merienda con la mujer del sacristán; de todos modos, cosa de iglesia es.



—Esta noche voy yo á la verbena pá que se convenza la Morros que lo que á mí me sobra son hombres pá hacer un rosario como dende la Frábica hasta Chamberí. ¡Es un digamos!



— 1 —



— 2 —



— 3 —



— 4 —

HISTORIA DE UN PUNTO



—¡Lo que es la falta de costumbrel! A cada paso que doy me parece que se me va á caer.

También la hija de la casa, Consuelito, sintió mucho, al parecer, que yo no la acompañase en el piano para el recitado, que declamó luego con mucha monería y mucho más arte que el mejor de los comediantes que suelen venir por *Hornazo*. Después de los recitados se improvisó un minué, á imitación del que bailaban aquel invierno en el teatro de la Comedia.

—¿No sabe usted bailar? me preguntó Consuelo momentos antes de empezar. Atienda usted á los movimientos de las figuras; es muy fácil.

—¡Que más quisiera yo que saber esos primores! Al poco rato, aproximándome al asiento donde la encantadora señorita reposaba con otra amiga, volvió la cabeza y me dijo: —Estos rigodones que van á tocar son preciosos. Si los baila usted, saque de pareja aquella señorita que está al lado del piano; le gustan muchísimo, pero le falta aprender bien algunas figuras.

¡*Bone Christel* dije. ¡Dios misericordioso! pensé para mi capote: ella que sabe poco y yo que no sé nada... ¡Valiente pareja íbamos á hacer los dos! Excuséme como pude de aquella ignorancia supina que casi me ponía en ridículo á los ojos de la propia Consuelito. Y esto era lo que más me llegaba al alma. Para dar mayor variedad á la fiesta recurrieron luego á los juegos de prendas. En estos juegos de buena sociedad me hallaba á la altura de un doctrino, *tamquam tabulam rasan*, y anduve tan torpe, que lo mismo ella que las demás pollas se rieron un poco á mi costa; y menos mal que serví para divertir las. Concluídos los juegos pasamos al comedor y allí me rehice algún tanto saboreando unos pastelillos de *Foie gras* y ricos vinos de Jerez y de Oporto de los que no suelen catarse en *Hornazo*. En seguida volvimos al salón y comenzó el baile de nuevo.

—Pero ¿tampoco baila usted vals? interrogó Consuelo al verme en el grupo de los mirones.

—¡Qué más quisiera yo, señorita!

—Pues entonces, ¿qué es lo que usted sabe?

Estaba ya tan entusiasmado, tan nervioso y tan fuera de mí, que le contesté de repente: —Quererla á usted con toda mi alma, señorita. Es la única ciencia que he aprendido esta noche.

Riose ella de bonísima gana al oír semejante salida de tono,

y mientras atormentaba mi ingenio para no quedar en ridículo, observaba yo los movimientos, los pasos, la manera, el arte, en fin, de los que valsaban. Al cabo de un rato debí perder la chaheta, porque volviéndome hacia la joven le dije: —Estoy á su disposición, Consuelito. Algún sacrificio había de hacer yo por usted. Y sin más preámbulos nos lanzamos al baile atropellando, ó poco menos, á una pareja que concluía de dar sus vueltas. ¡Válgame Dios! decía yo para mis adentros en el primer descanso; ¡sería ahora lance si mis cuarenta discípulos hubiesen

visto por algún agujero á su digno y grave y riguroso catedrático de latín dando tales y tan desaforadas piruetas, á las dos de la madrugada, sin pizca de formalidad! Vamos, que la cosa tenía mucha gracia. Yo lo atribuí á la sacra inspiración del Jerez, del Oporto y demás musas menores de nuestra vitícola, sin dejar de acordarme de aquello de Vives: *Frigida enim oportet esse in convivio postrema*. Ello es que bailé muy medianamente, aunque debí caer en gracia á Consuelito, puesto que se reía... se reía con un gusto... Lo peor del caso fué que después de la inspiración se me presentaron ciertos fenómenos de óptica muy poco agradables. Veía yo danzar á mi alrededor á todos los convidados, sin exceptuar á las señoras, y esta visión, acompañada de algunos sudores fríos, me obligó á retirarme al gabinete de las personas respetables, de los papás sesentones, que discutían sobre política y que me acogieron con risueña amabilidad.

Hé aquí, amigo lector, la historia de mi presentación, con todas sus consecuencias. La cátedra de Valladolid, sacada á concurso, no me la llevé yo, porque aquel milagro de antaño no se repite más que una vez cada dos siglos. En cambio, este verano vendrá Consuelito á *Hornazo* sólo por verme, mediante la promesa que le hice de aprender bien el vals. ¿Eh, qué tal?... Yo le enseñaré á mi vez otras cosas, porque vamos, le concedo que á bailar haya quien...; pero lo que es á tocar las castañuelas, habrá pocos catedráticos que me ganen. —*Pedrezuelo*.

Editor responsable,

José M. MATHEU

El santico de barro.

IRA de Dios!... El Ministro, un tío gordiflón, feúcho, mal genio y presumidote, cogió las listas de empleados, paseó sobre ellas sus ojillos de buho, fué poniendo cruces aquí y acullá con un lapicero encarnado, y después, sonriendo, con la risa estúpida del personaje henchido de orgullo que todo lo debe á su osadía, y que siendo barro en bruto aparece en sociedad como brillante pulidísimo, el Ministro, repito, escribió sobre un papel treinta ó cuarenta nombres; después apretó un botón eléctrico, apareció á los dos segundos el portero mayor, dióle á éste el papel de marras, y dijo:

—Que los pasen á los respectivos negociados.

Juan Fernández iba comprendido en la lista fatal: no me preguntéis quién era este Juan: un ser, el último tornillo del engranaje ministerial que cayó al peso de un mazo influyente. Y Juan Fernández estaba casado, tenía tres hijos, y él y su familia eran unos héroes que con cinco mil reales al año comían mal, eso sí, pero vivían peor en un zaquizamí de la calle de la Encomienda... ¡Morrocotuda era la que el señor Ministro le había donado aquel día aciago!... ¡Cristo Padre! y aquel día, precisamente, era la víspera del santo de su hijo... Y había verbena por más señas, y él tenía ofrecido á su pequeñuelo el llevarle á ella y comprarle un santico de barro... ¡Y cesante! ¡Oh, el Ministro era un tal y un cual, un bandido, un «sin alma!» ¡Claro, él era solterón y no tenía hijos legítimos, ni nunca pensó en nada, en nada más que en satisfacer su vanidad de pavo real, y atracar el estómago de trufas y Champagne!

Y anda que anda, y el cerebro henchido de ideas y echando tacos y trayendo consigo la primer monserga, Juan Fernández subió despacio, muy despacito, los ochenta y tres escalones que le separaban de su palomar, aquel nido bendito, siempre besado por los rayos del sol, y siempre animado por la charla de sus hijos, y alguna que otra vez, cuando repicaban gordo, por los cantares de su esposa.

—¡Papá!

—¡Papá!

—¡Papá!

Y tres hombrecillos rebajados, el uno montado en el palo de una escoba, el otro andando á gatas, y el mayorcito con un librejo bajo el brazo, salieron al tramo de la escalera, y no fué flojo el repiqueteo de besos que resonó en aquella.....

Juan Fernández procuró reanimar el semblante mustio, y, sin decir palabra, riendo siempre para ocultar su mal humor, respondió á las indirectas de su hijo, acerca de lo de la verbena.

—Sí, hijos míos, sí; vamos.

¡Menudo bullicio! Aquello era gloria... al menos para Periquín. Las filas de puestos, ahitos de rosquillas con sus lagrimones de azúcar; las hileras de santitos de arcilla con sus ramitos verdes; las cestas de los buhoneros repletas de chucherías; los trochos de terreno cuajados de tiestos de albahaca, de rosas, claveles y alélfes, esparciendo sus virginales aromas, en lucha con el olor nauseabundo del aceite que se requema en las calderas, en las cuales cae, á jeringazos, la masa de los buñuelos y churros, todo esto tiene grandes atractivos para el hijo del pobre, que ve las cosas duplicadas por su fantasía, y que halla encantos hasta en las opacas é informes lenguas de luz de las teas embreadas, que trazan en la atmósfera, á manera de gasa pestilente, nubes de un humo negruzco y craso que se bambolea y trae caprichosas danzas con los soplos del aire. Empero, si Periquín lo veía todo de color de rosa, el padre tenía la retina ahumada por el susto, congoja y mal humor de su cesantía, mayormente que él traía incólumes estos sentimientos á aquel sitio de bullicio por no haberse atrevido aún á confiárselos á los suyos; así que, como digo, Juan Fernández iba pasando revista, con cara de pocos amigos, á toda aquella balumba de gente que reía, charlaba, se codeaba, decía chistes é importunaba siempre... ¡Bonito negocio traía él en su mollera para ver con buenos ojos á la pareja de novios muy juntitos... muy floridos... roja ella, pálido él, dirigiéndose ambos cada miradita llena de fuego...; á la pandilla de señoritos semiflamecos, agarrados todos del brazo como dotación de marineros ingleses en plena embriaguez, cantando el último tango popular; al matrimonio bonachón, todo panza; el marido muy ufano



con las manos, ocupadas en llevar dos ó tres santucos (*veras efígies del Santo*), un tiestecillo de albahaca y el imprescindible pañuelo de rosquillas (al parecer); el silbantillo, hijo de la goma, que va á esos sitios á «robar corazones» y á recibir una *manguzá* por «desquivocación»; y al...; en fin, á todo ese conjunto abigarrado de chulas, chulos, *mademoiselles* cursis por sus cuatro costados, y modistas de cuerpo entero, horteras, albañiles, hacevirutas, señoras mayores de edad y menores de mollera, viejos guasones, maridos tunantuelos, *señoritas*... para todo, etc....

Y siempre con su hijo de la mano, el pobre Juan Fernández, angustioso el ánimo, golpeándole sin cesar las sienes con los latidos de la pesadumbre, la cabeza temulenta, iba pasando su calvario, aquel calvario cuajado de seres más felices al parecer, que reían, bromeaban y producían un ruido ensordecedor, vago, como debe ser el lejano rumor de las olas que se estrellan contra un acantilado, y el vocear de los vendedores venía á producirle dolorosa sensación. ¡De qué buena gana, como había hecho en todas las verbenas, habría él comprado la libra de rosquillas y los tres santitos de ritual para su esposa é hijos respectivamente! ¡Hubiera sido él tan feliz con tan poco dinero!... ¡Maldición sobre el Ministro! Y el pobre Juan, siempre al lado de su hijo, que lanzaba un «¡Ah!» de exclamación, de asombro ó de alegría á cada cosa, escena ú objeto que hería su retina infantil, se palpaba los bolsillos, y llegó á meter la mano en uno de ellos, y

sacó, revueltos entre una llave y un lapicero de níquel, ¡veinticinco céntimos! ¡Era todo su capital, ni más ni menos! ¡Dos monedas de á diez céntimos y una de á cinco! Eran las tres piedras para construir sobre ellas el edificio del mañana: ¡hambre!

—¡Papá, papá! gritó el hijo en un arranque de entusiasmo.

Y el padre se estremeció al ver que su hijo señalaba con su mano diminuta y sonrosada el puesto de un santero.

—¡Qué bonito, papá! ¡Si fueras tan bueno que me comprases ese santico!... Es San Pedro, el mío, papá, mira, mira...

Y Juan Fernández no oyó más; recibió en su cabeza un no sé qué muy doloroso que le hizo cerrar los ojos y tambalear el cuerpo; se acercó, como si estuviese borracho, al santero, y con voz trémula preguntó:

—¿Cuánto vale ese santo?

—Un real.

—Tome usted.

Las tres piezas de cobre cayeron sobre el nivel de hilo que recubrían las gradillas llenas de santucos.

—Papá, eres muy bueno, dijo el niño besándole la mano.

¡Pobre infeliz! ¡No sabía él que su padre era un héroe, y que aquel santo de barro había costado una fortuna... ¡Una fortuna de veinticinco céntimos!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.



PACOTILLA

Tiene mucha gracia y tal
lo que dicen de Gijón
que le ha pasado á Vital
en aquella población.

¡A Vital Aza, el poeta
más ingenioso y más fino
que existe en todo el planeta,
incluso Vitigudino!

Con arte de Lucifer
un habilísimo *rata*
le ha robado el alfiler
que tenía en la corbata.

Lo que causa admiración
de Vital en la aventura,
es que ha tenido el ladrón
que colocarse á su altura.

Claro está que ese bandido,
que así de lucirse acaba,
no será jamás habido
porque no habrá quien le haya!

Pero si llega á caer,
tiene que pasarlo mal,
por robar el alfiler
de la corbata á Vital.

Con este dato, el más bobo
verá bien claro al momento,
que no fué tan sencillo el robo,
¡sino con escalamiento!

LOS NUEVOS

Según me han manifestado,
los que el Gobierno ha elegido
ya por fin se han *constipado*;
digo, se han *constituido*!

La Corporación, que en merma
ha visto la antigua horma,
piensa administrar *enferma*,
digo, administrar *en forma*!

Empleará bien los tributos
en hacer mejoras gratas,
y no nos dará más *lutos*,
¡otra te pego! más *latas*.

Hará reformas fecundas,
y proyectos muy redondos,
sabiendo emplear las *fundas*;
digo, no; emplear los *fondos*!

Así, no siendo rehacios
los Concejales novicios,
harán muchos *Bonifacios*;
¡dale, bola! *beneficios*.

Vaya, adiós; mi pluma cesa,
porque, sin que yo lo amase,
me equivoco á cada *fresa*;
¿lo ve usted?... ¡a cada *frase*!

Pide un periódico de Valladolid que se prohiban las corridas de toros de aficionados para evitar desgracias.

No estoy conforme. Lo que debe hacer la autoridad, y así se concilia todo, es exigir á los organizadores de esas corridas que también los toros sean aficionados.

Y eso que capaces son
muchos toros de afición,
que grandes cuernos arbolan,
de dar una *d-sazón*
si no se embolan!

—D. Ruperto, ¿qué es usted en la *Liga Agraria*?
—Vocal de la Junta. ¿Y usted?
—Yo soy consonante de la *Liga*.
—Entonces... *hormiga*.
—No, señor: ¡Piernas! ¿No sabe usted que me llamo Piernas de apellido?

Costurera del barrio
de Maravillas
que vas dejando aroma
por donde pisas,
y tienes unos ojos
tan celestiales
que son como luceros
por lo radiantes:
¡por Dios te pido
que jamás á mi calle
vengas con *lios*!



Leo en un periódico que el otro día hubo un escándalo á las puertas de una iglesia en Barcelona.

Dice que se presentaron dos jóvenes de ambos sexos á contraer matrimonio; pero que al examinar el cura los documentos echó de ver que eran falsos, y suspendió la boda, entre las protestas de los contrayentes.

Bueno, pues tuvo razón el cura.

Y la hubiera tenido aun en el caso de resultar legítimos los documentos.

Un matrimonio entre jóvenes de ambos sexos no puede ser válido.

Los contrayentes tienen que ser de distinto sexo; es decir, uno varón y otro hembra.

De ningún modo se admite que sean los dos de ambos sexos, ó, para decirlo más claro, que cada contrayente sea varón y hembra á la vez.

Y si no, que se lean los Cánones.

¡Caramba, esto ya sale de ojo!

En una de las últimas extracciones la Lotería Nacional le tocó á *Frascuelo* un premio grande.

Ahora les ha tocado otro, grande también, al *Espartero* y á su gente.

¿Pero es que aquí hay que ser torero para que le toque á uno la lotería?

Pues pronto me dejo yo la coleta.

Aunque eso de que le toque á uno la *suerte* en el bombo y luego se quede en la *suerte* al poner un par de banderillas...

¡No me la dejo, no!

JOSÉ ESTRANÍ

EL COLMO DE LA ADIVINACIÓN



—Firmaré con un seudónimo; de todas maneras, cuando ella vea el artículo impreso, conocerá que es mío en la letra.

ANUNCIOS RECOMENDADOS

JOSÉ VELARDE

TOROS Y CHIMBORAZOS

Libro de actualidad.

Precio: una peseta.

PEPA E^{ooo}

Gotas de Coñac.

OBRA TÓNICO-FESTIVA

Un lujoso volumen en 4.º, con numerosas ilustraciones en color,

TRES PESETAS

JULIO DE LAS CUEVAS

El espejo del alma.

POEMA

Un volumen ilustrado, y cubierta en colores,

UNA PESETA

ALFONSO DAUDET

Tartarin en los Alpes.

Traducción de E. Blasco.

Edición de gran lujo, con 145 ilustraciones y cubierta al cromo,

CINCO PESETAS

CARLOS AUBERT

Las novelas amorosas.

Publicación de gran lujo con ilustraciones en colores y cubiertas al cromo en catorce tintas.

2 pesetas cada tomo.

Se venden separadamente porque cada uno contiene dos ó tres novelas completas.

VOLUMENES PUBLICADOS

I.—*La liga*.—*El Globo encarnado*.—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Mesplés.

II.—*Sachá y Loudmilla*.—*Los últimos bandidos*.—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Hanriot.

III.—*El Príncipe*.—*Marfá*.—Traducción de F. Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; oleotipia del mismo.

IV.—*El caso de Susanna*.—*El fruto prohibido*.—Traducción de F. Berástegui y Juan de D. López. Ilustraciones de Cuchy; agua fuerte de Hanriot.

V.—*El clavo*.—*La brasa*.—*La prueba*.—Traducción de J. Tadince. Ilustraciones de Cuchy; heliogravado del mismo.

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

¡SÓLO PARA HOMBRES!

CUENTOS ILUSTRADOS

Se han publicado 12 tomos, que se venden sueltos á

UNA PESETA

J. NAVARRO REZA

Latigazos

Poemas microscópicos.

Un volumen ilustrado, y cubierta fantástica,

UNA PESETA

LUIS DE ANSORENA

COSAS DE AYER

Poema en dos cartas.

Precio: una peseta.

Todas las obras arriba mencionadas se hallan de venta en todas las librerías de España y América. Se sirven por el correo, franco de porte, haciendo los pedidos á esta Administración, acompañados de su valor en sellos ó libranzas del Giro mutuo.